

fundieron las palabras y el acento de desgarradora convicción de Leonor, Sancho impuso silencio á la voz de su alma que gemía muy alto y muy dolorosamente, y acercándose á la condesa cogió una mano que temblaba á impulsos de un estremecimiento nervioso y aplicó en ella unos labios de fuego. Un doloroso choque resonó en el corazón de la jóven que retiró su mano como si en ella hubiese caído una gota de plomo derretido.

—Adios, Leonor! adios para siempre! murmuró la voz ahogada y sentimental del paje.

Pronunciado este adios con un supremo acento de dolor, Sancho, bamboleándose como un hombre ebrio, se dirigió hácia la abertura, en tanto que Leonor le miraba partir inmóvil, pero pálida como un espectro.

En aquel momento....

Pero nos es indispensable la esplicacion de otro capítulo para saber lo que pasó en aquel momento.

## VII.

### AL FIN DEL CUAL SE HALLARÁ EL LECTOR

CON UN NUEVO É INESPERADO PERSONAJE QUE SE PRESENTARÁ Á EMBROLLAR LA SITUACION Y HACER DUDOSO EL DESENLACE.

EMPEZABA á cerrar la noche cuando el duque de Arévalo llegó al castillo seguido de sus caballeros, escuderos y monteros y de sus trescientos perros de caza, porque es preciso saber que el duque era muy lujoso y espléndido en asuntos de montería. Una ensangrentada cabeza de jabalí colgaba del arzon de su silla; pero ni en su rostro ni en los de sus compañeros brillaban la alegría y el contento que otras veces.

En efecto, la caza había sido poco feliz, y el duque regresaba de un humor insoportable á su opulenta morada, así es que, no bien estuvo en el patio, cuando descabalgó á toda prisa y subiendo la escalera, se entró en su aposento dejándose caer en un sillón sin ni siquiera despojarse de sus arreos de caza. Teniendo en consideración el carácter del duque, la cosa no era para menos. Había empleado con toda su gente la mitad de la jornada en perseguir á una jabalina que lograra escapar á todas las persecuciones deshaciéndose unas veces de los perros que mas cerca le seguían, burlando otras la astucia de los cazadores, y desapareciendo en fin y haciéndoles perder la pista como si se la hubiese tragado la tierra. Veinte y cinco perros habían quedado estropeados y fuera de combate, varios monteros estaban mal heridos y no pocos caballos reventados por la carrera. El duque, pues, estaba furioso con la jabalina, con sus cazadores, con su jauría y hasta consigo mismo.

Beltran le había seguido hasta su habitacion y permanecía en pié é inmóvil en el umbral. El duque le vió al cabo de un largo rato y frunció las cejas:

—Qué haces ahí? —esclamó con voz colérica.

—Señor, —contestó el pobre servidor temblando, —estaba esperando vuestras órdenes.

—No quiero nada.

Beltran se inclinó profundamente y se dispuso á salir. El duque dió una furiosa patada en el suelo que hizo volver en redondo al criado.

—Quién te ha dicho que te fueras? —gritó el duque amenazándole con el puño.

—Señor.... —balbuceó el criado trémulo cual hoja en el árbol — como me habiais dicho....

—Yo no he dicho nada!

Beltran se inclinó quedándose clavado en su sitio. El de Arévalo permaneció mudo unos instantes.

—Que suba Jorge, en seguida! —esclamó por fin, sin volver la cabeza y con un acento breve é imperioso que bien daba á entender no admitía dilación.

Beltran partió como un rayo bajando de cuatro en cuatro los escalones para ir á cumplir la orden de su señor.

Un minuto despues, Jorge se presentaba en la habitacion. Jorge era el montero mayor del duque.

—Haz que los cuernos suenen la ralea, —le dijo este así que le vió, —

y en seguida, que partan seis hombres, diez, veinte si es necesario; mandalos apostar en el bosque, que estén en acecho, y que no vuelvan sin haber dado con la pista ó sin traer indicios de esa condenada jabalina. Si alguno regresa sin noticias, hazle dar veinte palos ó cuélgale de una almena, me es indiferente. De todos modos y á todo trance quiero noticias de la jabalina. Ya estás enterado. Vete!

Jorge salió. Demasiado sabia que las órdenes del duque no admitian jamás demora ni réplica. Era su noble señor inflexible como un guante de hierro.

Pocos instantes despues de haber salido el montero, los cuernos de caza tocando la ralea hacian estremecer desde el patio todos los ecos del castillo.

Tres horas hacia lo menos que el duque estaba de regreso, y en lugar de calmarse, su mal humor se habia aumentado.

Oyóse repentinamente ruido de pasos precipitados en la antesala y la puerta de la estancia se abrió. El que de tal modo llegaba no podia ser otro que Martin, pues que nadie mas que él tenia derecho de penetrar hasta la cámara del duque sin hacerse anunciar.

Era el mayordomo en efecto.

Al verle, el duque sintió un movimiento de júbilo por encontrar al fin alguno en quien desfogar su cólera. Así es que encarándose con él antes de darle tiempo para pronunciar la menor palabra,

—Gracias al diablo que al fin os veo, señor Martin! —esclamó. —Estoy muy disgustado, estoy furioso con vos. Que no os vuelva á suceder jamás dejar de venir á la caza conmigo!

—Bien, señor, bien, —esclamó Martin interrumpiendo al duque en mitad de su razonamiento, —no me sucederá mas. Pero sabeis lo qué pasa? Estamos vendidos!

—Qué hay? —preguntó el duque que vió pintada una nueva de importancia en el azorado semblante de su mayordomo.

—Que pasando ha un momento por delante de la puerta de la capilla, me han dado intenciones de entrar y he visto...

—Has visto?..

—He visto abierta la trampa.

—Qué trampa?

—La del subterráneo.

—Qué subterráneo?..

—El que sirve de prision al paje.

—Pero qué paje?... De que mil demonios me hablas?

En efecto, el duque no se acordaba de nada.

—Es posible, señor? Habeis olvidado ya al paje Sancho Sanchez?

—Al que requeria de amores á Leonor antes de hacerla yo mi esposa?

—Al mismo.

—Bien, y qué?

—Vos me llamasteis el dia de vuestra boda y me dijisteis: «Martin, le diremos á esa locuela que el paje está en libertad y ausente, pero nos guardaremos de soltarle. Cuando se hayan pasado tres ó cuatro años entonces... entonces veremos.» Decid, es esto lo que me dijisteis? Os acordais ahora?

—Sí, sí, adelante.

—Pues bien, he entrado hace poco en la capilla. Ya sabeis que en el altar mayor hay una trampa que se abre por medio de un resorte y que comunica con uno de los subterráneos de este castillo. La trampa estaba abierta.

—Ah!

—Me he introducido por ella. Voces confusas llegaban hasta mis oidos. He ido adelantándome en la sombra poco á poco, cauteloso como una serpiente y he visto, señor, á vuestra esposa en conversacion con el preso, el cual le tenia cojida y le besaba una de sus manos.

—Rayos del cielo!

—Y no es esto todo. Se conoce que el pajecillo es travieso y el hombre encargado de bajarle cada dia la comida muy poco avisado. A costa sin duda de trabajo y de esfuerzos verdaderamente sobrehumanos, Sancho ha abierto un agujero en la pared, y este agujero dá al campo.

—Ira de Dios! se habrán ya escapado!

Una sardónica risita se dibujó en los labios de Martin.

—Por quién me tomais á mí, señor duque?... antes de venir á avisaros he ido á apostar cuatro hombres en el campo, allí donde se abre la brecha, y he dejado á ochocustodiando las puertas de la capilla. Están cojidos en la jaula.

—Oh! me he de vengar cruelmente, —esclamó el duque, cuyo rostro iluminó un fugaz resplandor de salvaje alegría. —Sígueme.

—Qué intentais?

—Silencio.... Sígueme!

Y se salió de la estancia seguido del mayordomo.

Tal es lo que habia pasado durante la conversacion de nuestros dos amantes en el subterráneo.

Por esto pues íbamos diciendo que en el momento en que el jóven, an-

gustiado, herido, despedazado el pecho de dolor, se retiraba obediente á la voz de la muger que para él lo era todo, en aquel momento vió perfilarse una sombra entre las sombras.

Era el duque que avanzaba, los brazos cruzados, la cabeza alta, los ojos malignos y vestido aun con su traje de caza manchado en varias partes por la sangre del jabalí cuya cabeza, segun hemos visto, habia traído colgada del arzon de su silla.

Sancho arrojó un grito. En cuanto á la condesa ni siquiera pareció conmoverse, pero quedó tan inmóvil de estupor que cualquiera hubiera podido creerla petrificada.

—Bravo, palomitas mías, — exclamó el duque con un acento de cruel sarcasmo, — perfectamente!

Y se quedó mirando á los dos jóvenes. Vióse entonces asomar detrás del duque el rostro infame de Martin y detrás de Martin seis ó siete hombres de armas.

—Señora, — continuó el duque dirigiéndose á Leonor, — os habeis adelantado á mis deseos. Pensaba hoy mismo invitaros á bajar á este subterráneo para que presenciárais como vuestro esposo, señor de alta y baja justicia, sabe hacerla.

Leonor no contestó mas que con una mirada, pero fué una mirada llena de dignidad, de orgullo, de soberbia.

—Esa lámpara alumbra mal, — dijo el duque con una calma feroz y señalando la lámpara que Leonor habia dejado en el suelo. — Luces!

Un momento despues, dos hombres llevando antorchas encendidas penetraban en el subterráneo é iluminábanse con rojizos resplandores los rostros de los héroes de aquel drama.

A la sanguinosa luz de las teas, Sancho paseó su mirada por el subterráneo. A mas del duque y de Martin, á mas de los dos que llevaban las antorchas, siete hombres de armas cubiertos de hierro se presentaban á sus ojos.

— Oh! todo lo comprendo, — pensó. — Quieren asesinar-me. Tendré fuerzas para matar á tres, pero los demas me matarán.

Y luego que hubo pensado esto, retrocedió hasta el sitio donde habia dejado caer uno de los barrotes de la reja. No tardó en tocarlo con el pié. Entonces permaneció quieto.

—Señora, — dijo el duque cojiendo á Leonor de un brazo y arrastrándola casi hasta uno de los ángulos, — venid, yo os colocaré en un sitio desde donde podais ver el espectáculo.

— Oh! qué vais á hacer? — exclamó la pobre jóven con angustia.

— Ya vereis! ya vereis! — contestó el duque siempre con la misma calma y la misma risa irónica.

— Ah! quereis asesinarle! — gritó Leonor con un acento desgarrador.

— No griteis, querida mia, — dijo el duque, — no deis voces ó me veré obligado á mandaros poner una mordaza.

Leonor sintió afluir toda su sangre á su cabeza y á su rostro. Sus ojos parecieron quererle saltar de las órbitas.

— Oh! sí, sí, vais á asesinarle como infame y mal caballero que sois.

— Adelante, mis valientes! — gritó el duque dirigiéndose á los siete hombres. — Hágase justicia!

Los hombres de armas se adelantaron espada en mano hácia Sancho que permanecía inmóvil, como si, resignado á su suerte, no tratara de hacer la menor resistencia.

Leonor dejó escapar un grito, un grito agudo lleno de desesperación y angustia, y cayó de rodillas abrazándose á los piés del duque.

— Señor! señor! — exclamó, — lo que vais á hacer es una infamia, una infamia de que Dios os pedirá cuenta el dia de su eterno juicio. Oh! perdon, señor, perdon!

El duque cojió á su esposa por un brazo y trató de levantarla, pero fué en vano. Destrozó la tierna muñeca de la joven con su mano de hierro, pero no la alzó del suelo.

En aquel momento resonó por bajo las bóvedas un golpe terrible seguido de un lamento ahogado y del ruido de un cuerpo cayendo en el suelo y haciéndole temblar con el choque de una armadura.

Era Sancho que al ver acercarse sus verdugos y al tenerles á distancia, se bajó con rapidez, empuñó con ambas manos la barra de hierro y, en seguida, levantándola en alto, descargó un golpe espantoso sobre el primero que se le habia acercado. La barra cayó sobre la cabeza del soldado como la maza de un gigante.

— Uno! — gritó el paje al verle rodar á sus piés.

— Ola! Ola! — exclamó el duque, siempre con su eterna frialdad y su risita que helaba la sangre de Leonor; — ola! ola! el bribon parece que se defiende. Vamos, valientes míos, vamos, — añadió el duque animando á su gente, — esto no es nada. Despachadme pronto á ese canalla!

Pero no era obra tan fácil como creía el de Arévalo. Sancho se habia puesto de espaldas á la pared y su barra de hierro, que manejaba como

una caña, describía círculos á su alrededor con una prontitud y celeridad que no daba tiempo á ninguna espada para llegar hasta su cuerpo. El combate empezó, terrible y encarnizado. Atacaban los unos como tigres, defendíase el paje como leon, y dábale nuevas fuerzas la presencia de su amada.

Esta, aprisionado su brazo entre la mano del duque, continuaba abrazada á sus rodillas, pero ya no suplicaba, ya no gemía, ya no profería el menor grito. Conociase que esperaba ansiosa, sin mirarlo, el fin de aquel combate horrible, y cada golpe que retumbaba, era una puñalada para su corazón.

Un grito de rabia resonó que fué contestado por otro de triunfo. La barra de hierro del paje se habia encontrado á su paso con una espada y la habia roto en mil pedazos como si fuera de vidrio; en seguida hallándose con un hombro, lo habia cruelmente estropeado. El soldado herido se dejó caer en el suelo dando lastimeros quejidos.

—Dos! — murmuró Sancho.

— Señor! Señor! — exclamó entonces Leonor levantando hácia el duque un rostro espantosamente desfigurado por la agonía de aquellos momentos; — no teneis piedad en hacerme sufrir así. Sois el mas miserable entre los miserables.

— Callad, señora! — dijo el de Arévalo estrujando el fragil brazo de su víctima.

Atroz fué el dolor que sintió la condesa, pero no se abrieron sus labios para pronunciar un grito.

En aquel instante, Sancho que empezaba á sentir cansado su brazo, cambió por un momento de táctica. En vez de defenderse atacó. Adelantó el brazo en línea recta valiéndose de su barrote como de un ariete. Un pecho se halló en mitad de su camino y un hombre fué á caer á seis pasos de distancia arrojando una bocanada de sangre y quedando inerte en el suelo.

—Tres, — gritó con una exclamacion de júbilo el paje. — Oh! empiezo á creer que podré escaparme.

Y en efecto, trató, sin dejar de combatir, de dirigirse hácia la reja con objeto de atravesarla y ganar la abertura.

El duque al ver caer á su tercer soldado prorrumpió en un rugido.

— Martín, amigo mio, — exclamó dirigiéndose al mayordomo que permanecía impassible espectador, — será preciso que ayudes á esos cobardes que se dejan vencer por un hombre solo.

El mayordomo desnudó lentamente su espada, una espada de tan buen